

nos fueron llevados a cabo. Se trata de una zona que en aquellos momentos estaba atravesando una fuerte transformación agrícola debido a la gran expansión del viñedo motivada por la demanda de la exportación de vinos y licores a Francia y América. Con 70.000 hectáreas de viñedo en 1850 y 132.000 en 1889, la provincia de Barcelona era la de mayor intensidad vitícola de España. Pero el mayor interés estaba no en su extensión física sino en el peculiar contrato de explotación que afectaba a la gran mayoría del mismo: la *rabassa morta*. Este contrato, por el que el propietario de una tierra concedía el usufructo de la misma al cultivador que la plantase de viña por un período determinado, generalmente «hasta que las cepas mueran», (*fins que la rabassa siga morta*) era de larga tradición en Cataluña y se había revitalizado desde finales del siglo XVIII. A mediados del siglo XIX, con la imposición cada vez más efectiva de la contribución rústica, tanto los propietarios como los cultivadores o *rabassaires*, estaban muy interesados en que se reconocieran sus derechos respectivos. Para ello la representación parcelaria tenía que reflejar con precisión el régimen de tenencia o explotación de cada parcela, distinguiendo entre la propiedad y la aparcería (*rabassa morta* en el caso de la viña). Es por ello que estos planos resultan ahora de gran interés para el investigador interesado por la transformación del paisaje agrario. De gran valor son algunos de los planos referidos a las comarcas del Maresme (casos de Masnou, Mataró, etc), el Penedés, l'Annoia, el Vallés y el Pla de Bages. A destacar el de Capellades (nº 15) con su representación del relieve y los distintos cultivos (viña casi todo) y el monte.

Los aficionados a la evolución urbana encontrarán materia de información y estudio en casi todos los planos, y muy en especial en los de la zona de Barcelona, Baix Llobregat y el ya citado Maresme, donde el crecimiento posterior ha sido tan espectacular y transformador. Destaca el plano de Barcelona (nº 6) y otros de su entonces periferia como Gràcia (nº 31) y Sant Martí de Provençals (nº 76). De las tierras medias el más completo quizás sea el de Manresa (nº 38) o el de Vic (nº 98) realizado por un geómetra francés. Tampoco hay que olvidar los planos de los pequeños núcleos rurales, tanto de poblamiento disperso, caso de Avinyó (nº 5), como compacto, caso de Sallent (nº 62).

La lectura de este libro sirve también para reflexionar sobre la función del cartógrafo, geómetra o agrimensor como un profesional al servicio de la Administración del Estado, y en este caso concreto, al de la Hacienda Pública y su ánimo recaudador. Por mucho

que nos pese a algunos geógrafos (a veces instalados en el limbo de la independencia intelectual) la verdad es que la cartografía y la propia geografía no habrían podido desarrollarse y adquirir carácter de disciplina científica, si no hubiera sido por este sentido de aplicación a los intereses públicos (también privados) en donde la Administración ha sido y es la mayor protagonista como responsable de una larga serie de tareas que cubren desde las obras públicas, la ordenación territorial, la recaudación de impuestos, la educación, etc hasta el actual interés (a veces poco creíble) por la defensa del paisaje.

Sea pues bienvenido el presente libro y lástima que no hayan aparecido fuentes de la mismas características en otras provincias, pues es bien seguro que hay en ellas un reto para los amantes de la cartografía y la geografía histórica.— JUAN PIQUERAS HABA

### *El espacio público sevillano\**

La obra de Antonio García es su proyecto de investigación del Doctorado, galardonado y publicado por la Diputación de Sevilla. Reúne casi todas las cualidades inherentes a la mejor Geografía Urbana, entre ellas la de no resultar una realización aislada sino el último eslabón en la trayectoria investigadora de su director, Víctor Fernández Salinas, por tanto obra de grupo y con marca de escuela. El espacio público en ciudades y áreas metropolitanas es materia de elevado rendimiento geográfico por tratarse de una noción compleja, tan rica en significados como susceptible de profundización. Enriquece la lectura del medio urbano pero además resulta un objeto sustancial en el debate sobre el futuro de las ciudades, pues el reforzamiento de lo público parece la vía inexcusable para lograr un urbanismo de valores contrarios a los liberales, participativo y socializador. Dicho de otro modo, el correcto planteamiento de los elementos urbanos colectivos representa gran parte de la alternativa a la ciudad del individualismo, el clasismo, los negocios y la ceguera ante los límites ambientales. Por otro lado el andamiaje del libro está regido por el sentido común. Al avanzar desde lo abstracto hacia lo concreto guarda equilibrio entre la teoría, la panorámica local y el detalle de los ejemplos, al igual

\* GARCÍA GARCÍA, A. (2006): *Vitalidad y crisis en los espacios públicos de Sevilla*. Diputación de Sevilla, 216 págs.

que encuentra el punto óptimo de combinación entre la perspectiva histórica y el tratamiento de los procesos recientes. Pero son estos, con su carga de problemas, tensiones o contradicciones, los que proporcionan la sustancia básica a partir de la cual se ofrece al lector una ciencia divulgadora, de diagnóstico y resolutive. Atributos que sitúan muy favorablemente a la disciplina geográfica entre los conocimientos indispensables para construir la ciudad del mañana. El trabajo que aquí se valora cumple aún otros dos requisitos exigibles a las buenas obras, ofrecer una puesta al día y, en la medida en que resulta posible dentro de las dimensiones de una investigación de postgrado, proporcionar algo así como un modelo de estudio o al menos un puñado de verdaderas ideas en apoyo a estudios posteriores. El juego de escalas utilizado, la batería de variables empleadas para clasificación o análisis, y por supuesto las formas de representación gráfica, pueden entenderse de ese modo.

La parte inicial del texto sistematiza los conocimientos disponibles, con miras a definir rigurosamente el concepto de espacio público. Si se considera como tal a los espacios libres (o nodos) y los ejes, resulta una amplísima gama de tipologías diferenciadas genealógicamente y por escalas, desde las antiguas plazas de barrio o los jardines históricos hasta las márgenes de autopista, instalaciones de ocio, corredores fluviales y parques metropolitanos. Las lecturas realizadas y la reflexión del autor ayudan a plantear con solvencia el estudio de esos elementos, que debe extraer todo su interés científico (territorial, ambiental, cívico) y centrarse en la identificación de tendencias negativas, tanto en los tipos tradicionales (desagregación, banalización, pérdida de capacidad socializadora) como en las nuevas modalidades (insostenibilidad, falta de utilidad, indiferenciación). Para neutralizar tales amenazas hay que poner en valor todo el potencial urbanístico y social de los espacios públicos, estableciendo modelos organizados en redes escalares que cumplan con la condición de ser variados, participativos y atentos al medio. Los capítulos correspondientes son de gran interés aunque se echa a faltar en ellos un lenguaje más geográfico, liberado en lo posible de vocablos ajenos que a veces resultan confusos o insustanciales. Ésa no es tarea que pueda exigirse al autor sino más bien responsabilidad colectiva, a fin de evitar que nuestro discurso se devalúe al resultar intercambiable con otros o no reflejar debidamente la altura de nuestros ideales de estudio.

El resto de la obra se dedica a Sevilla, aunque prácticamente posee tanto valor local como general. De

entrada aporta una revisión crítica sobre el trato que reciben los espacios públicos en las distintas figuras del planeamiento vigente. Cada escala de ordenación aporta un enfoque y pone el acento en dimensiones específicas, de modo que la gestión metropolitana o municipal atiende más bien cuestiones como el fortalecimiento de una red jerárquica y bien conectada, mientras que a escala de barrio pueden cobrar más peso otras facetas como la convivencia o los conflictos. Los tres escalones espaciales (aglomeración, ciudad, distrito) también sirven al autor para organizar la caracterización del sistema sevillano de espacios públicos, tan rico como insuficientemente vertebrado. Lejos de resultar un escrito puramente enumerativo, en él se emplean todas las claves de comprensión posibles para dibujar un cuadro donde encuentra sentido cada componente, desde los adarves a las áreas forestales periurbanas. Interesa al geógrafo conocer de cada espacio público no sólo las referencias generales o de relación (situación, superficie, conexiones, accesibilidad) sino también la configuración morfológica, los equipamientos de que dispone y los usos o funciones que soporta. De ahí procederán parte de sus atributos que, sumados al valor ambiental, pueden traducirse en singularidad e identificación, percibida por la ciudadanía y traducida en una mayor o menor frecuentación. El buen mantenimiento, la seguridad y el confort son otros factores que dan pulso o generan sociabilidad, mientras que los defectos de origen, impactos y presiones obran en sentido contrario.

La segunda mitad del libro representa el mayor grado de aproximación al objeto, dado que analiza minuciosamente siete espacios de distinta generación y naturaleza, algunos tan significativos como la Alameda de Hércules o el parque de María Luisa. Aquí el abanico de las variables de estudio se despliega aún más para afinar en la detección de problemas, determinar potenciales y aportar ideas o líneas de actuación marcadas siempre por la sensatez. El asunto no es precisamente menor, pues las ciudades españolas están viendo como muchos de sus antiguos espacios públicos resultan desnaturalizados por el negocio de las obras, traducido en reformas inadecuadas. En los nuevos desarrollos urbanos también los espacios colectivos de última generación son a menudo víctimas del agio, mal localizados, faraónicos o ambientalmente discutibles. El desenlace de la obra es pues la reivindicación de la Geografía, algo a lo que cooperan y no poco el magnífico aparato cartográfico y la original selección de fotografías a pié de calle.— SERGIO TOMÉ FERNÁNDEZ